

BIBLIA Y CATEQUESIS

Breve ojeada histórica

Mons. Néstor Giraldo Ramírez

Si tratamos de seguir en la historia de la Iglesia la evolución de las relaciones Biblia-Catequesis, encontramos valiosos elementos para nuestra reflexión, ya que el puesto asignado a la Biblia ha sido consecuencia del enfoque y estado de los estudios teológicos en las diferentes épocas, de tal manera que la situación que hoy vivimos no es excepción en este campo.

Podemos distinguir las siguientes épocas :

1. LAS PRIMERAS COMUNIDADES CRISTIANAS

Formadas bajo la inmediata dirección de los "Doce", nos ofrecen elementos muy importantes que, bajo algunos aspectos, podemos y debemos considerar normativos. Señalo los siguientes :

1.1 Lectura cristocéntrica.

La fe pascual de los apóstoles les hizo descubrir el sentido profundo de la Escritura: a partir de Cristo resucitado todo se ilumina de repente y adquiere un sentido que antes no sospechaban. Esto nos lo dicen los Evangelios de diferentes maneras cuando nos describen la situación de los apóstoles después de la Resurrección de Jesús. Podemos leer los siguientes pasajes que cito sólo por brevedad, pero cuyo texto conviene leer: Lucas 24,44 - 47: se dice claramente cómo la inteligencia cristocéntrica de las Escrituras del Antiguo Testamento es una enseñanza captada en el ambiente de la fe pascual. Este pasaje nos muestra :

- *La situación nueva de los discípulos por efecto de la fe pascual;*
- *las líneas de la hermenéutica apostólica que es esencialmente cristocéntrica;*
- *explica claramente el por qué de la raigambre bíblica de la catequesis apostólica*

Juan 2,17.22 : presenta la experiencia de la fe pascual a manera de un recuerdo que lleva a los apóstoles a entender lo que hasta entonces les era oscuro.

Juan 20,9 : el impacto del hecho de la Resurrección les permite ver cómo el Antiguo Testamento anuncia las realidades mesiánicas.

San Pablo escribiendo a los Corintios (2 Cor. 3,14 - 16) compara la lectura pascual de los libros del Antiguo Testamento con la luz que ilustra las cosas al descubrirse un velo. El pueblo de Israel no puede llegar a este sentido cristocéntrico precisamente porque le falta la fe en Cristo.

Esta lectura cristocéntrica explica el alcance de lo que dice, con toda razón E. Schillebeeckx: "Por su esencia el cristianismo es una "hermeneja" o interpretación del Antiguo Testamento, llevada a cabo desde la situación herméutica del acontecer de Jesús, considerada a la luz de la Resurrección" (Interpretación de la fe. Edic. Sígueme, Salamanca, 1973, pág. 25.).

1.2 Esta visión de las Escrituras es un elemento importante que pasó a las generaciones cristianas posteriores como una norma de interpretación bíblica. Con algunas citas de los Padres podremos ver esto más claro:

- *San Ireneo, inmediato heredero de los Apóstoles, considera el Evangelio como una "maduración del alma de Israel" (Cfr. Adv. Haer. 1.4, c. 9, n. 3 – Pág. 998B)*
- *Orígenes dice: "Si tu vis ista intelligere, non potes nisi per evangelium" (si quieres entender estas cosas, sólo lo lograrás por el evangelio) (In Ex. hom. 7 n. 7). Y en el cuarto libro "Periarjón" dice: "El esplendor de la venida de Cristo ilumina la Ley de Moisés por el brillo de la verdad, ha arrancado el velo que cubría la letra y ha descubierto a todos los que creen en El los bienes que allí se encontraban encubiertos y ocultos" (De Princ. 1.4,c.1, n. 7).*
- *Tertuliano en su libro contra Marción dice: "Christus illuminator antiquitatum" (Cristo iluminador de las cosas antiguas). (Adv. Marc. 1,4,c.40).*
- *Para San Agustín la situación es tan clara, que esta persuasión domina en todas sus obras. Cito sólo estos pasajes: "Lex spiritualiter intellecta, Evangelium est" (El Evangelio es la Ley entendida espiritualmente) (Serm. 25, n.2. Pág. 38 Col. 168). "In Veteri Testamento est occultatio Novi, in Novo est manifestatio Veteris" (En el Viejo Testamento está oculto el Nuevo, en el Nuevo está la manifestación del Viejo). (De Catech. rudibus, c. IV; Ed. F. ranelino, Berlín, 1826, pág. 11). En el comentario al salmo 75 no vacila en afirmar: Judea vera, Christi Ecclesia" (La verdadera Judea es la Iglesia de Cristo). (PL. 36, col. 958).*

1.3 *Esta lectura cristocéntrica del Antiguo Testamento no era simplemente una más profunda inteligencia de los textos: era una comprensión de la historia y de las realidades anticotestamentarias a partir de Cristo. Una lectura, podríamos decir, a dos niveles: lo que dicen las realidades bíblicas y lo que acerca de ellas afirma el texto bíblico. El Señor mismo abrió el camino para esta hermenéutica de las realidades y de los textos que los apóstoles aplicaron ampliamente, alimentó después la tipología cristiana y enriqueció la liturgia. San Pablo abre amplia puerta a la tipología cristiana y enriqueció la liturgia. San Pablo abre amplia puerta a la tipología cuando dice: "Todas estas cosas les sucedieron a ellos (los israelitas) en figura y fueron escritas para amonestarnos a nosotros para quienes ha llegado la plenitud de los tiempos" (1 Cor. 10,11).*

1.4 *Otro elemento que marca profundamente la vida de estas comunidades y su lectura de las Escrituras, es éste: los cristianos no vivían del "recuerdo" de*

Cristo muerto y resucitado, sino de la realidad presente en ellos, por la fe pascual, de Cristo glorificado. Colocado más allá de las dimensiones espacio-temporales, lo que los evangelistas dan a entender de diversas maneras, cumple su promesa: "Yo estaré con vosotros todos los días hasta la consumación de los siglos" (Mat. 28,20). Esta presencia de Jesús y la acción del Espíritu Santo guían la comunidad "hacia la verdad plena" (Jn. 16,13) y hace de los discípulos "testigos" (Jn. 15,27). Su testimonio no será la trasmisión de un mensajero inerte, ni la conservación material de unos escritos sagrados: hay una continuidad entre la fe que se profesa y la vida de la comunidad, esta vida es expresión de la fe, un compromiso constante que hace que la comunidad se realice como levadura, que da nuevo sentido a lo humano: así se forma la tradición cristiana nutrida por la Escritura y la reflexión de la fe pascual. Para San Pablo las comunidades cristianas "brillan ante el mundo como antorchas, llevando en alto la palabra de vida" (Filip. 2,15 s).

1.5 En este ambiente de vida y fe pascual vieron la luz los escritos del Nuevo Testamento que, integrados con los del Antiguo, se convierten en "norma normans" de la fe de aquellas comunidades apostólicas. La convicción de que las cosas habrían llegado a su plena realización al producirse el hecho único e irrepetible, el gran "ephápax" de Cristo, les hace mirar todo lo anterior como un camino hacia Cristo, y el futuro como una realización a partir de Cristo. La historia anterior se puede calificar como dice San Pablo: "La Ley (i.e. el A.T.) vino a ser nuestro pedagogo para llevarnos a Cristo" (Gal. 3,24); a partir de El la historia se mueve en la tensión entre el "ya" de un reino de Dios presente, y una plenitud hacia la que tenderemos y en cuya realización debemos encontrar el sentido y orientación por una permanente referencia a El, Palabra de Dios constante dirigida a nosotros.

1.6 En esta primera etapa prácticamente no hay distinción entre la reflexión doctrinal, que más adelante llamarán los Padres "Sacra Doctrina" y en épocas posteriores se llamará "teología", y la formación doctrinal de los cristianos: toda la comunidad considera como algo suyo el mensaje consignado en las Escrituras y leído en el seno de la asamblea cristiana: nadie se cree dispensado de un acendrado conocimiento de su fe.

1.7 Para terminar esta parte, si damos una rápida ojeada a los esquemas de catequesis que nos conserva el libro de los Hechos Apostólicos, podemos comprobar: hay una unión orgánica entre ambos Testamentos que son, por igual, Palabra de Dios, cuya lectura alimenta toda la catequesis. Es cierto que en la fase kerigmática apare-

cen ya en la práctica de Pablo, especialmente, elementos que podemos llamar "situacionales", como en el caso de Atenas (Hch. 17,23 - 31), cuando el mensaje va dirigido a oyentes no judíos; pero la etapa de instrucción después del kerigma es esencialmente bíblica. Podemos suscribir la afirmación del P. A. Rétif: "En la proposición del cristianismo hay como tres grados: el primer anuncio que produce impacto y debe conducir a la fe, a la adhesión incondicional a Cristo, y es el kerigma; la proposición de la doctrina elemental sobre Cristo, y ésta es la catequesis; finalmente, la enseñanza superior de la religión, que utiliza a la vez una argumentación más sutil y la Escritura, y es la didascalia" (Foi au Christ et mission, Ed. du Cerf, París 1953, p. 21).

2. LOS PADRES DE LA IGLESIA

Con el siglo II la Iglesia entra en una nueva fase: está completo el canon de las Escrituras, han muerto los apóstoles, testigos y predicadores de la revelación de Cristo (cfr. Luc. 1,2) y las comunidades cristianas diseminadas a todo lo largo y ancho del Imperio se ven comprometidas en una difícil y provechosa confrontación con la cultura de pueblos no semitas. Se opera una decisiva transición: la tradición eclesiástica empieza a formarse y recibe la tradición apostólica y la integra. El crecimiento doctrinal que se opera en la época de los padres aparece como una reflexión a partir de las Escrituras, que continúan siendo la "norma normans", subordinados a la cual empiezan a aparecer, especialmente a partir del siglo II, pronunciamientos del Magisterio (v.g. concilios particulares y generales), que se consideran como una "norma normata" que orienta la vida de la comunidad cristiana hacia una constante fidelidad al mensaje evangélico.

"No se percibe ninguna fisura entre una tradición viva que tiene conciencia de deber todo su contenido a la enseñanza apostólica, y una Escritura que permite entrar en contacto directo con ella, ya porque es su cristalización directa, ya porque su interpretación como 'Escritura cumplida' es también de origen apostólico. De ahí resulta en la enseñanzas eclesiástica una íntima conexión con la Escritura y la Tradición. Por una parte los depositarios de la tradición eclesiástica ponen siempre gran cuidado en desarrollar sus ideas a partir de las Escrituras, a fin de que los fieles estén en contacto con la Palabra de Dios. Pero por otra parte, el sentido reconocido de los textos escriturarios se busca prácticamente en una tradición que ilumina los escritos bíblicos porque conserva su integridad apostólica" (P. Grelot, La Biblia Palabra de Dios, Herder, Barcelona, 1968, pp. 256 ss).

El espíritu dominante en la teología de los Padres, plenamente imbuída de contenido bíblico puede sintetizarse en la siguiente afirmación de San Paulino de Nola: "Lex antique novam firmat, veterem nova complet; in veteri spes est, in novitate fides; sed vetus atque novum conjungit gratia Christi" (La ley antigua confirma la nueva, la nueva completa la antigua; en lo viejo está la esperanza, en la novedad la fe; pero la gracia de Cristo une lo nuevo y lo viejo) (Ep. 32, ad Severum, n. 5. PL 61, sol 333A). Lo que bellamente condensó en su rima Adán de San Víctor :

*Lex est umbra futurorum,
Christus, finis promissorum,
Qui consummat omnia.
(La ley es la sombra de las cosas futuras
Cristo el fin de las promesas,
En quien todo se consuma).*

De esta época de los Padres quiero destacar tres cosas importantes, a mi modo de ver, para la catequesis.

2.1 La catequesis de los Padres.

No en vano se acumula la experiencia. Por eso los Padres dan una estructuración a la catequesis que responda mejor a las circunstancias que se viven y que urgen la atención pastoral de la comunidad cristiana en dos direcciones: fortalecimiento de la fe de los fieles en la época difícil de las persecuciones, hasta principios del siglo IV, y frente a la compleja problemática presentada por las luchas doctrinales cristológicas y trinitarias, de una parte; y por otra, atención a la formación cristiana de los neófitos por medio de un catecumenado.

En este campo de la catequesis quiero llamar la atención especialmente sobre dos obras importantes :

Las catequesis de San Cirilo de Jerusalén, gran paladín de la ortodoxia en la lucha arriana, que en el año 348 dirige a los bautizados de su Iglesia una serie de instrucciones prebautismales, complementadas con cinco catequesis post-bautismales o mistagógicas. Basta leerlas para darse cuenta de cómo este celoso pastor de Jerusalén sabe usar las Escrituras y derivar de ellas una preciosísima enseñanza para sus

fieles.

Medio siglo más tarde, en el norte de Africa, San Agustín dirige al diácono Deogracias el bello opúsculo "De catechizandis rudibus"; en 27 capítulos expone sus puntos de vista sobre la manera como han de iniciarse en la fe los que se acercan a recibir instrucción y cuáles son las verdades en que debe insistir principalmente el catequista. Del capítulo XIX en adelante da el santo doctor normas de como ha de emplearse la Escritura en la catequesis, cuando basándose en el proceso de la historia bíblica describe las grandes edades del mundo, hasta desembocar en el Nuevo Testamento, plenitud y realización del Antiguo. Podrá ser discutible el método, podremos discrepar del procedimiento hermenéutico, pero sigue en pie la lección teológica que sale de las Escrituras y la actitud del obispo de Hipona que hace de la Biblia la gran fuente para sus enseñanzas.

2.2 Las Escuelas de Alejandría y Antioquía.

Constituyeron estas dos escuelas dos grandes focos de actividad doctrinal en la antigüedad cristiana.

2.2.1 *Sobre Alejandría nos dice J. Daniélou: "El final del siglo II y el comienzo del III presencian el desarrollo de la organización de la enseñanza catequística. Hasta entonces la preparación de los nuevos cristianos para el bautismo se realizaba un poco al azar de las relaciones. Pues bien, en esta época tal preparación se organiza. Los obispos confían este cargo a cristianos instruidos. El obispo les hacía entrega del libro, pero no les imponía las manos: seguían siendo laicos. Encontramos estas indicaciones en un texto de este tiempo, la Tradición Apostólica, de Hipólito de Roma. Ese es el origen de la dignidad o grado de lector" (J. Daniélou, ORIGENES, ed. española de Suramericana, Buenos Aires, 1958, p. 31.)*

Sabemos por Eusebio de Cesarea que el Obispo Demetrio confió esa misión a Orígenes, quien "tenía dieciocho años cuando fue designado para la escuela de catequesis" (Eusebio H. E. VI, III, 3. Edición de Harvard University-Press, T. II, p. 16). "Es una misión de catequesis. No se trata de una enseñanza superior, sino de una enseñanza elemental; no se trata de producir sabios, de iniciar en la gnosis a cristianos ya bautizados, sino de preparar paganos para que recibieran el bautismo" (Bardy, citado por Daniélou, o. c. p. 31).

Es importante hacer notar que el libro que el Obispo entregaba al catequista era precisamente la Sagrada Escritura. Por eso, nos cuenta Eusebio, Orígenes que era ya célebre profesor de gramática, abandonó esta enseñanza: "Cuando advirtió que numerosos discípulos se llegaban hasta él, por cuanto a quien Demetrio, el jefe de la Iglesia había confiado la catequesis, juzgó incompatible la enseñanza de la gramática con la tarea de enseñar los conocimientos divinos, sin tardanza abandonó la ocupación de la gramática considerándola inútil y opuesta a los estudios sagrados; luego, por el razonable motivo de que no necesitaría la ayuda de otros, dispuso de todos los volúmenes de antigua literatura que antes le eran tan queridos, contentándose con que el comprador le diera cuatro óbolos diarios" (Eusebio, H. E., 1.c. 9). Advierte Daniélou que "debió adquirir entonces un profundo conocimiento de la Biblia, pero era tan sólo con el propósito de formar a los catecúmenos" (o.c. 32).

Bajo la influencia decisiva de Orígenes, la escuela catequística de Alejandría siguió las líneas de una hermenéutica alegorista de tipo filoniano. Su irradiación en el siglo III fue de primerísima importancia.

2.2.2 Como respuesta, un poco más tarde surgió la escuela de Antioquía cuyo representante más sobresaliente es Diodoro de Tarso, quien a la alegoría alejandrina oponía la teoría, especie de búsqueda del sentido espiritual en la letra de la historia. Se la puede definir con más precisión aún: "la exégesis literal que se aplica para mostrar el sentido real del lenguaje figurado, de los símbolos y de las profecías, y para sacar de los hechos las enseñanzas morales que contiene" (F. Cayré, *Patrologie et Histoire de la Théologie*, Desclée & Cie, París, 1938, p. 442).

Lo que interesa destacar aquí no es tanto las discrepancias y los logros de cada una de las escuelas, sino el hecho de que en materia tan importante la atención se centraba precisamente en la Escritura y en el método de interpretarla. De nuevo los libros sagrados considerados como la "norma normans", cuyo sentido trata de establecer esta exégesis de los Padres que tantas riquezas nos dejó.

2.3 El tercer elemento que quiero destacar es la organización de las lecturas bíblicas para uso litúrgico de la comunidad en lo que se llamó "misa de catecúmenos" y hoy llamamos "liturgia de la palabra". "Todos saben, dice Don Charlier, que la preparación remota y próxima de los catecúmenos consistía esencialmente en leer la Escritura y comentársela y en vivificar esta lectura, como también sus comentarios, introduciéndolos en el cuadro vivo de la economía sacramental.

La cuaresma no es más que la forma última de esta antigua concepción de la catequesis, que ha llegado hasta nosotros” (Bible et Vie Chrétienne, 12, Dic. 55 – Feb. 56. 57, p. 8). Los antiguos leccionarios obedecen a un plan catequístico muy definido en una línea de historia de la salvación. La “lectio continua” que hoy tenemos es una feliz recuperación de ese sentido catequístico, en mala hora desvanecido en una época de decadencia de la cultura bíblica.

2.4 *Para el final de la época de los Padres, cuando entramos en la Alta Edad Media, nos hallamos frente a un cuerpo de doctrina enriquecido con la reflexión de varios siglos de fe que leyendo asiduamente la Palabra de Dios en el seno de la Iglesia bajo la guía del Magisterio, logró gran profundidad, una más clara formulación en términos de la cultura de entonces y una captación de verdades contenidas en la Escritura de una manera preconceptual, implícita, no formulada, como dice el Cardenal Journet. Es interesante observar cómo esta constante referencia a la Escritura y a la investigación de los Padres no constituyó un factor de estancamiento doctrinal, como lo advierte Vicente Lirinense en el siglo VI, de quien son estas afirmaciones : “Sed forsitan dicet aliquis: nullusne ergo in Ecclesia Christi profectus habebitur religionis ? habetur plane et maximus... Sed ita tamen, ut vere profectus sit ille fidei, non permutatio” (Puede alguien quizás preguntar: luego en la Iglesia de Cristo no se da ningún progreso de la religión ? Lo hay realmente y el más grande ... Pero de tal manera que sea verdaderamente un progreso de la fe y no un cambio) (PL. 50. col 667). Y en cuanto a la manera como el Magisterio en cuanto “normas normata” orienta en la lectura de la Escritura que es “norma mormans”, dice : “Multum necesse est propter tantos tam varii errores anfractus, ut propheticae et apostolicae interpretationis línea scundum ecclesiastici et catholici sensus normam dirigatur” (A causa de los numerosos y variados senderos tortuosos del error es necesario en gran manera que la línea de la interpretación esté dirigida de acuerdo con la norma del sentir eclesiástico y católico) (PL. 50, col. 639).*

2.5 *Este constante recurrir a la Escritura de la primera comunidad cristiana y de la Iglesia de los Padres se tradujo en la Edad Media, especialmente hasta el siglo XIII, en la “Lectio Divina” que alimentó la vida monacal de esos siglos y fortaleció la vida espiritual de los monjes que en siglos difíciles fueron el sostén de la Iglesia y le infundieron vitalidad, como en el caso de Cluny y, más tarde, de Claraval. “Lo que la teología monástica busca efectivamente en la ‘lectio divina’ no es el conocimiento de un pasado desaparecido para siempre, ni la satisfacción de una curiosidad ávida de saber. Es el alimento de una fe, que a partir de los textos sagra-*

dos y de los hechos que éstos refieren, quiere conocer el misterio de Cristo y de la Iglesia para florecer en existencia cristiana y contemplar anticipadamente la eternidad hacia la que se encamina" (P. Grelot, *la Biblia Palabra de Dios*, pp. 261).

3. LA TEOLOGIA ESCOLASTICA

Este tema es delicado porque hoy se ha creado una situación altamente sensible tanto en pro como en contra de la Escolástica; pero afortunadamente la marea emotiva ha ido bajando y el problema se va esclareciendo.

La 'Lectio Divina' de los monjes sin pretensiones científicas, dio una visión unificada de la historia de salvación partiendo de un sentido que se llamó "espiritual". A partir del siglo XIII, cuando se inició la época de los grandes doctores, las cosas están maduras para una sistematización de la "Sacra Doctrina". El estudio de la "Sacra Pagina", renovado en forma más metódica por Hugo de San Víctor, suscita la preocupación por las "Cuestiones" que su lectura plantea y empieza así a desarrollarse lo que podemos llamar la 'lectio scholastica', más encaminada al estudio y a la elaboración doctrinal. La doctrina se organiza en "sumas" y éstas en "Quaestiones": el teólogo en su comentario seguido de la Escritura, que es su procedimiento habitual, prepara los materiales apropiados para entrar en una síntesis sistemática" (P. Grelot, o. c. p. 262). Predomina la preocupación por el sentido literal y se deja a un lado la alegoría que jugó un papel importante en la "Lectio Divina" monacal, por que lo que necesita el teólogo es una base escriturística firme para asentar sus afirmaciones. Santo Tomás en la Summa Theologica, en la parte primera, cuestión primera, se ocupa precisamente de estos temas y deja sentado que sólo el sentido literal de la Escritura da pie para un argumento de valor teológico.

De suerte que aquello de que los escolásticos de la edad de oro hayan vuelto la espalda al argumento bíblico está muy alejado de la verdad.

No sucedió lo mismo con los escolásticos posteriores, quienes cada vez más fueron basándose en el trabajo de los grandes maestros y en sus "summas", por lo que sintieron menos la necesidad de recurrir a la Escritura: la doctrina se encuentra ya formulada en los escritos de los doctores y en los documentos del Magisterio: La Escritura sólo se usa para comprobar que la doctrina propuesta no está en contradicción con los Libros Sagrados. La teología empieza a encaminarse por vericuetos de disquisiciones cada vez más agudas y abstractas que sólo pueden entender los especia-

listas. Ya no es la "sacra doctrina" de antes, sino un ejercicio de difícil gimnasia intelectual. Sobreviene la época que el P. Rondet llama "el crepúsculo de la cristianidad" (*Historia del Dogma*, Herder, Barcelona, 1972, p. 217).

4. LA REFORMA PROTESTANTE

La gran decadencia de los estudios teológicos y casi total olvido de un estudio serio de la Biblia, caracterizan la época en que se gesta la obra de Martín Lutero.

Supongo conocido de todos el proceso y el contenido doctrinal de la Reforma Protestante y sólo aludiré a algunos de los puntos más importantes.

El enfrentamiento de Lutero con Roma le llevó a formular su doctrina de la "Sola Scriptura", que amplió con lo de "Scriptura sui ipsius interpres" (sólo la Escritura que se interpreta a sí misma), esto es: en la Biblia Dios en persona habla al creyente y éste debe escucharlo. No pueden interponerse intermediarios, así que todo magisterio humano está contra la Biblia. Quedó así establecido el "libre examen" y eliminado todo magisterio en las confesiones protestantes. Los resultados los conocemos.

Del enfrentamiento entre católicos y protestantes en el siglo XVI salieron dos líneas teológicas opuestas que evolucionaron cada una alejándose cada vez más de la obra: la protestante, orientada por el principio de la "sola Scriptura", desarrolló una copiosa teología bíblica que tiene una larga historia y en la que hay grandes riquezas dignas de mantenerse. Sin duda el libre examen propició también formas de interpretación que desembocaron en el protestantismo liberal racionalista del siglo XIX.

LA TEOLOGIA CATOLICA

Tuvo su gran foco de irradiación en Salamanca, marcada con el sello de la Contra-Reforma, y acentuó principalmente la autoridad del magisterio Eclesiástico y a partir de él elaboró toda su investigación. Se introdujo una escisión entre Biblia y Tradición como dos fuentes distintas, que llegó hasta ciertas exageraciones sin fundamento serio. Esta decisión sólo ha empezado a ponerse en claro y a superarse definitivamente en estos últimos años cuando revivió la antigua polémica, protagonizada esta vez por dos teólogos alemanes: Lennerz y Geiselman, en vísperas del

Concilio Vaticano II. En el seno de la comisión que elaboró los esquemas que dieron origen a la Constitución dogmática "Dei Verbum" ambas tendencias teológicas se debatieron y surgió el texto definitivo en el que las discrepancias empezaron a superarse, sin que por eso podamos decir que el Concilio haya entrado, como nunca sucede, a zanjar disputas de escuela entre teólogos. Ha habido una más clara y equilibrada formulación de la doctrina que da lugar a una teología más armónica y más pastoral.

Estas tensiones doctrinales tuvieron profundas repercusiones en la Catequesis, como consecuencia de los métodos seguidos en teología. En el campo de la catequesis Lutero dio un paso definitivo en 1529 con la publicación del "Katechismus" del cual, a fines del siglo XVI ya se habían difundido más de 100.000 ejemplares. Esto urgió a los católicos y produjo varios resultados: se comprobó que el pueblo y la juventud necesitaban una instrucción religiosa más sólida y al efecto el Concilio Tridentino ordenó que los obispos cuidaran de que, por lo menos los domingos y días de fiesta, hubiera en todas las parroquias catequesis para los niños. Se estimuló la actividad de los católicos y así en 1530 aparecieron una serie de catecismos, especialmente en Alemania y en España. Pero pasaron rápidamente. Para el caso nuestro interesan especialmente dos catecismos aparecidos en España, escritos por dos jesuitas: el P. Jerónimo Martínez de Ripalda publicó un catecismo en Burgos en 1591 y su uso se difundió en la península ibérica; el P. Gaspar Astete publicó su catecismo en 1599, al que añadió un poco más tarde algunos valiosos elementos un sabio canónigo salmantino. Este ha tenido una larga vigencia en España y en América Latina, como es sabido.

Todos estos catecismos, aparte de los elementos pedagógicos, que no me corresponde estudiar, están elaborados con un criterio francamente contra-reformista, de ahí que en ellos no haya siquiera una ligera alusión a la Biblia. Quien estudie estos catecismos y sólo a través de ellos conozca la fe católica, se quedará sin saber uno de los elementos más importantes de nuestra fe: Dios habló al hombre y esa Palabra suya nos ha sido transmitida en un libro que se llama la Biblia.

En virtud de lo que podríamos llamar una profilaxis anti-herética, los pueblos catequizados bajo la égida de la Corona española estuvieron alejados del uso de la Biblia. Una disciplina rígida hacía prácticamente imposible la lectura de los libros sagrados en lengua vulgar, de tal manera que Santa Teresa misma no tuvo jamás posibilidad de leerlos sino a través de citas de segunda mano. En efecto, en la cuarta

sesión del Concilio de Trento en 1546, se produce un encuentro entre la tendencia de los obispos y teólogos españoles y los franceses e italianos. Los españoles se pronuncian contra la difusión de la Biblia en lengua vulgar porque ello entraña un peligro para la fe, debido a la ponzoña del libre examen. Es vocero de la otra tendencia el Cardenal Madruzzi, Obispo de Trento. El Concilio se abstiene de legislar sobre este punto, pero el episcopado español ha mostrado ya su rígida posición. Así en 1559 se prohíbe terminantemente la publicación y lectura de la Biblia en lengua vulgar. Esta prohibición fue la causa del encarcelamiento de Fray Luis de León, quien osó traducir el Cantar de los Cantares a lengua vulgar. Sólo quedaron autorizadas en lengua vulgar citas de la Biblia en escritos de contenido espiritual. Los escritores hicieron amplio uso de esta licencia y multiplicaron las citas bíblicas en sus obras. Es típico el caso de Fray Luis de Granada que pone en el apéndice de su "Guía de Pecadores" una antología del Nuevo Testamento para obviar las dificultades nacidas de esta prohibición de la Inquisición española.

Como la evangelización de la América hispana se hizo bajo el signo de la Contra-Reforma, entre nosotros la difusión de la Biblia corrió la misma suerte que en España, porque aquí regían las mismas disposiciones. Esta mentalidad se ha prolongado hasta nuestros días, y sólo en estos últimos años ha venido produciéndose una sana reacción que fomenta la lectura de la Biblia.

No ha sido, acaso, entre nosotros signo de profesión de fe protestante el llevar la Biblia en la mano ?

5. DE LEON XIII HASTA HOY

En el siglo pasado la ciencia bíblica católica apenas existía. En cambio las afirmaciones del protestantismo liberal eran un desafío para los católicos. Al principio empezaron a debatirse los católicos en una actitud apologética y defensiva que derivó en un concordismo que se veía obligado a modificar posiciones con cada avance de las ciencias. Esta posición de inferioridad sólo empezó a superarse cuando, impulsados principalmente por el Padre M. J. Lagrange y estimulados por el apoyo del Papa León XIII, los sabios católicos emprendieron un trabajo "ofensivo" en el campo bíblico, empleando las armas de la crítica historia y literaria. Es el principio de la moderna ciencia bíblica católica.

Pero el camino fue difícil y largo. Veamos algunos rasgos salientes que nos ayuden para nuestro caso.

Estaban, por así decirlo, frente a frente la teología católica y la incipiente ciencia bíblica católica moderna. Los teólogos, muy imbuídos en la metodología de la Contra-Reforma, continuaban su estudio y exposición con los modelos llamados "tradicionales" que, en verdad, databan principalmente de los siglos XVI y XVII, en los que el argumento bíblico ocupa un lugar muy secundario y es, a menudo, mal manejado. Así las cosas, no había muy buena disposición para aceptar planteamientos rígidos de la ciencia bíblica; para los teólogos esta ciencia bíblica estaba más cercana al racionalismo, que a la sana ortodoxia y por eso la miraban con recelo y con muchísimas reservas. A su vez, para los biblistas la argumentación bíblica de los teólogos era a menudo infundada y artificial. Y como los teólogos tenían una posición más fuerte, la situación para los biblistas era a menudo difícil.

El primer paso de acercamiento lo constituye la creación de la Pontificia Comisión Bíblica que hace el Papa León XIII en 1902, con el fin de promover los estudios bíblicos. Un poco más tarde, en 1904, Pío X establece la posibilidad de obtener grados académicos en ciencias bíblicas y encomienda el encargo de conferirlos a la Comisión Bíblica. Un paso definitivo es la erección del Pontificio Instituto Bíblico de Roma el 15 de Febrero de 1909, con lo que se abre una más amplia posibilidad para los estudios bíblicos. En las normas se establece que para ser alumno ordinario con derecho a grados académicos, el candidato ha de obtener previamente el doctorado en teología. Con esto empezaba a buscarse un acercamiento entre las dos disciplinas. Esta disposición fue modificada por Pío XI al reformar íntegramente los estudios académicos con la Constitución "Deus Scientiarum". Allí dispuso que nadie pueda ser admitido o cursar estudios bíblicos académicos si no ha obtenido previamente la licencia en teología.

Los resultados de estas medidas fueron poco a poco fructificando en un acercamiento muy provechoso y en una gran madurez de la ciencia bíblica católica.

5.1 Repercusiones sobre la catequesis.

La disociación BIBLIA-CATEQUESIS engendró la catequesis tradicional de nuestro medio. Astete era el modelo de fondo. En cuanto al aspecto bíblico, se apeló a la "Historia Sagrada" (v.g. José J. Ortiz: "Cien lecciones" etc.), como disciplina distinta, pero con qué criterio? Se trataba más bien de un conjunto anecdótico, que de una historia salvífica: "Los acontecimientos se suceden sin vínculo alguno entre sí, sin destacar lo esencial y distinguirlo de lo accidental. Se colocan en un

mismo plano las mandíbulas de asnos, la cabellera de Absalón, las trompetas de Jericó y la partida de Abraham, la salida de Egipto, el Sinaí. Presentados sin nexos y sin jerarquía los hechos bíblicos, si son históricos, no son la historia de la salvación, expresión viva de Dios vivo" (F. Coudreau: La Bible et la Liturgie dans la Catechèse, en Parole de Dieu et Liturgie, Ed. du Cerf, París, 1958, pp. 185).

Por los años treinta se inició, especialmente en Francia, una creciente inquietud por conectar la Biblia con la Catequesis y hubo experiencias como las del Abate Quinet, para mencionar los que fueron más conocidos entre nosotros. Sin embargo, su influencia en nuestra catequesis no fue profunda.

Otros ensayaron la "Catequesis Bíblica", casi como una réplica en la catequesis de lo que fue inicialmente la "teología bíblica" que se desarrolló especialmente entre las dos guerras. Fue un paso positivo, pero continuaba todavía la separación, puesto que no se operó una integración plena Biblia-Catequesis.

Ha sido frecuente emplear la Biblia tomando de ella ejemplos, a la manera como pueden traerse a cuento también episodios edificantes de la vida de los santos. No se sale del campo de lo anecdótico y a menudo se emplean textos mal interpretados.

Recientemente se ha visto que para "iluminar" hechos que se analizan en una catequesis situacional se emplean unas veces pasajes bíblicos, pero tomados aisladamente y, a menudo, fuera de su contexto, en la misma forma en que se cita, también para "iluminar", a "Juan Salvador Gaviota" o "El Principito" de Saint Exupéry. Esto, a mi modo de ver, es un uso desenfocado de la Biblia y no corresponde a lo que hemos visto a través de la historia, especialmente en los primeros siglos.

Sin querer generalizar y con los limitados conocimientos que tengo de la catequesis actual entre nosotros, me atrevo a pensar que es necesario analizar muy a fondo lo que debemos hacer para establecer una catequesis que refleje lo que para la teología actual ordena el Concilio Vaticano II: "Dispóngase la enseñanza de la teología dogmática de manera que en primer lugar se propongan los temas bíblicos" (Cecr. "Optatam totius", 16c). Como hemos visto a lo largo de la historia, la catequesis ha reflejado las alternativas buenas y malas de la teología en sus diversas épocas. Por qué motivo no debe ahora reflejar este período de positivísima reestructuración de los estudios teológicos?

Para terminar esta parte, quiero plantear esta inquietud: a través de mi experiencia docente en el campo de las ciencias eclesiológicas entre nosotros, tengo la sensación de que, si bien vamos logrando una integración progresiva y muy positiva entre biblistas y teólogos, hay todavía un gran abismo entre éstos y los catequistas: se miran con recelo y no hay mutua colaboración. El catequista, me ha tocado oírlo de labios de catequistas calificados, teme la sistematización y la exigencia del teólogo. El teólogo, a su vez, encuentra a veces desprovista de contenido doctrinal sólido alguna lección de catequesis. Se ha creado una oposición artificial entre catequesis situacional y teología sistemática que no favorece a la catequesis.

Pero, además, no será esto debido, al menos en parte, a la pobrísima formación bíblica de gran número de catequistas que no han leído ni siquiera en forma seguida los Evangelios ?

Entre nosotros ha crecido notablemente el interés por el conocimiento de la Biblia, pero es frecuentísimo el caso de profesores, tanto en primaria como en secundaria, que por deficiente formación bíblica todavía no hacen sino un uso anecdótico del Nuevo Testamento.

Por otra parte, quiero formular esta inquietud: en el laudable uso que se está haciendo de la Biblia para grupos de oración, reuniones de Revisión de vida, retiros etc., no hará falta una más cuidadosa atención al estudio serio de los textos sagrados, precisamente para que la reflexión y la orientación de la vida tengan la seguridad de estar orientadas por la genuina palabra de Dios y no por lo que "se nos ocurre que dice, o parece que dice" un determinado texto ?

Todo esto plantea la necesidad de una formación bíblica básica de los catequistas, que será tema de otras reflexiones.